

# C10

## Capítulo 010 Detalles Ignorados

De súbito, los ojos de Zorian se abrieron de golpe al irrumpir un dolor punzante en su estómago. Todo su cuerpo se convulsionó, cediendo bajo el peso del objeto que había caído sobre él, y en un instante se encontró completamente lúcido, sin rastro alguno de somnolencia en su mente.

—Buenos dí-

—No, no lo es —interrumpió Zorian—. ¿Cómo podría ser una buena mañana? ¡Me han vuelto a matar! Esta vez, devorado por un gusano gigantesco. ¡Y despertar de esta manera está empezando a exasperarme sobremanera! ¿No pudo el bucle temporal comenzar un día después, o algo similar?

Fijó su mirada expectante en su hermana menor. Ella le respondió la mirada, con una confusión patente en su rostro y, probablemente, un ligero matiz de temor.

—Eh, ¿qué? —preguntó ella con vacilación.

Zorian, sin pronunciar palabra, la lanzó por el borde de la cama. Ella cayó al suelo con un golpe sordo y un indignado graznido, y Zorian se puso en pie con presteza, listo para cualquier represalia violenta que ella pudiera emprender. Habiendo aprendido la lección en reinicios anteriores, se encaminó de inmediato hacia el baño, antes de que ella pudiera reponerse.

Ella comprendió su intención con prontitud, pero para entonces él ya había asegurado la puerta tras de sí. Sus gritos de indignación resultaron música para sus oídos, sobre todo porque, en última instancia, provocaron que su madre la reprendiera.

Quizás sí que era una buena mañana, después de todo.

---

Los trenes... Zorian nunca les había tenido particular aprecio, pero desde que quedó atrapado en aquel bucle temporal, comenzó a profesarles una aversión acentuada. Viajar en tren con regularidad resultaba casi tan exasperante como los saltos de Kirielle sobre él al comienzo de cada reinicio. Había sopesado la idea de matar el tiempo entablando una conversación con Ibery, para que ella se familiarizara con él cuando obtuviera un puesto en la biblioteca, pero desechó tal noción al cabo de un tiempo. Principalmente, porque había resuelto no solicitar el empleo en este reinicio. Trabajar en la biblioteca, tal como lo había estado haciendo, era bastante demandante de tiempo, y él tenía un proyecto mucho más prometedor entre manos: dominar todos los ejercicios de moldeo del libro de Ilsa para así cortejarla y lograr que lo aceptara como aprendiz. La magia bibliotecaria era útil, sí, pero librarse de Xvim no tendría precio.

Él tampoco estaría presente en Cyoria cuando la invasión se desencadenara. Ni en este reinicio, ni en ningún otro próximo. Aunque tuviera que desvelar su secreto a Zach por ello, tomaría el primer tren que saliera de la ciudad en la víspera del festival de verano. Sabía que lo sensato y responsable sería permanecer en la ciudad para observar los acontecimientos: cómo progresaba la invasión y qué medidas podrían tomarse para detenerla. Lo sabía, pero... era demasiado para su temple. Y no solo porque su implicación en aquel embrollo parecía conducirlo, de manera invariable, a la muerte. La vorágine emocional de la «evacuación» era un severo castigo para sus nervios, pero aquello no era más que un síntoma del verdadero problema. Batalló con sus pensamientos por un momento, intentando discernir la raíz del dilema. Cada razón que lograba concebir le parecía... impropio.

Y entonces, la revelación. Era la impotencia. Cada vez que sus pensamientos derivaban hacia el tema de la invasión, no podía despojarse de la noción de que las fuerzas desplegadas en su contra excedían con creces su capacidad de manejo, y que su supervivencia hasta el momento se debía únicamente a una suerte ciega y absurda. Se le ocurrió que la forma de su muerte más reciente bien podría ser una alegoría de toda esta invasión. ¿Así que repeliste una jauría mortífera de lobos invernales y alcanzaste la seguridad, ayudaste a desbaratar una emboscada traicionera, y ahora crees que lo peor ha terminado? ¡No, estúpido, un gusano gigantesco emerge súbitamente del subsuelo y te arranca la cabeza! ¿Cómo se suponía que debías combatir algo semejante? ¿Cómo se suponía que él debía combatir algo semejante?

Quizás no debía. Demasiadas cosas de la invasión parecían... inverosímiles. Tan inverosímil como que Zach se convirtiera en un superprodigio en el transcurso de un solo verano, que Zorian aprendiera los quince ejercicios de moldeo del libro de Ilsa en un mes, o que los viajes en el tiempo fueran una realidad. ¿Y si su teoría sobre la existencia de un tercer viajero en el tiempo era acertada, y esa persona era la mente maestra detrás de la invasión? Explicaría muchas cosas. Por otro lado, también plantearía un sinfín de interrogantes propias... ¿por qué este viajero temporal hostil no se había deshecho ya de Zach? El lich ya había demostrado que era perfectamente posible dañar a individuos como Zach y Zorian, y ya colaboraba con las fuerzas invasoras.

En cualquier caso, solo pretendía involucrarse de nuevo en la invasión después de adquirir una magia considerable, o tras haberse serenado lo suficiente y sentirse emocionalmente apto para afrontar la situación. Lo que aconteciera primero. De todos modos, no podría estudiar la invasión con gran detalle si continuaba muriendo al inicio mismo de esta.

Finalmente, el tren arribó a Cyoria, y Zorian emprendió su prolongada marcha hacia la academia. Esta vez no llevaba prisa, pues en el reinicio anterior había hallado, por fin, un hechizo para resguardarse de la lluvia y anhelaba probarlo. En realidad, había descubierto varios conjuros protectores diseñados para enfrentar la lluvia y otras inclemencias climáticas, pero solo uno estaba al alcance de su habilidad para ser lanzado. No obstante, aquello no representaba un problema, ya que el conjuro de «barrera de lluvia» era, de todos modos, el más idóneo para sus propósitos: ofrecía la protección más completa, si bien a costa de un agotamiento espantoso al mantenerlo. Comprendía por qué el consumo de maná sería un grave inconveniente para quienes desearan usar el conjuro de forma extensiva, pero Zorian solo necesitaba que durara una o dos horas en una zona de Cyoria excepcionalmente rica en maná.

Además, verse envuelto en una esfera invisible que repelía el agua resultaba sencillamente más imponente que los encantamientos más sutiles y sofisticados. La barrera, de hecho, actuaba sobre el agua en general, no solo sobre las gotas de lluvia, por lo que ni siquiera debía preocuparse por pisar charcos y empapar su calzado. Observar cómo el agua del camino se abría a su paso, como si estuviera frente a una especie de emisario celestial, le resultaba sumamente divertido. Y también un ligero estímulo para su ego, algo que necesitaba con urgencia después de haber sido tan abrumadoramente superado durante la invasión del reinicio anterior.

Es probable que nunca volviera a usar el conjuro una vez fuera del bucle temporal, dado que un paraguas bastaba para la mayoría de las ocasiones y no consumía maná; sin embargo, hallar una tienda que los vendiera a lo largo de su ruta habitual desde la estación de tren había resultado sorprendentemente arduo. Lo cual, pensándolo bien, sugería que probablemente sí recurriría al hechizo de vez en cuando, pues dudaba que aquella fuera la única vez en su vida que se vería desprovisto de un paraguas de fácil adquisición.

Negó con la cabeza. Realmente no debería estar fantaseando con lo que haría después de escapar del bucle temporal, dado que no parecía que eso fuera a suceder pronto. Tenía que concentrarse en el presente... y, ¡vaya!, eso sonaba extraño, considerando su situación. ¿Como qué iba a hacer con Zach? Se sintió profundamente tentado a simplemente confesarle todo al chico y que intentaran descifrar este embrollo juntos – ¿acaso dos cabezas no piensan mejor que una? Impulsivo como era, Zach no podría haber llegado tan lejos sin tener una mente aguda. No se sentía del todo cómodo con esa idea, no obstante – sospechaba vehementemente que había más en Zach de lo que aparentaba, y odiaba precipitarse sin saber en qué se metía.

Decidió observar cómo Zach interactuaba con él en este reinicio antes de tomar una decisión.

- break -

“¡Zorian! ¡Aquí!”

Zorian dirigió su mirada hacia Benisek, que, con aire alegre, le saludaba con la mano como un lunático y se preguntó qué debía hacer. En realidad, no quería hablar con él. Benisek quizás fuese su amigo más cercano entre el alumnado, pero también resultaba bastante irritante en ocasiones, y no es que pudiera decirle a Zorian algo que él no supiera ya a estas alturas. Al final, suspiró con resignación y se arrastró hacia el chico sonriente. Bucle temporal o no, le pareció mal despreciar tan descaradamente a alguien tan visiblemente feliz de verle, máxime teniendo en cuenta la profunda historia que compartía con Benisek.

Le pareció interesante que Benisek estuviera presente en la cafetería en ese momento, ya que no era su comportamiento habitual en los reinicios que Zorian había experimentado hasta el momento. Este tipo de divergencias inexplicables ocurrían constantemente, lo cual era de esperar – había al menos dos viajeros temporales deambulando por el bucle, alterando cosas tanto intrascendentes como cruciales – pero resultaba sorprendente ver un cambio tan temprano en el bucle temporal. Solo había pasado un día desde su llegada a Cyoria. Normalmente, pasaba al menos una semana hasta que todo se descontrolaba, e incluso entonces muchas cosas se repetían. La mayoría de los profesores seguían algún tipo de plan de enseñanza fijo, por ejemplo, y

rara vez se desviaban de él. Por lo que sabía, Fortov siempre acudía a él en busca de ayuda con el ungüento de la enredadera púrpura, aunque su accidente con Ibery solo ocurría casi al final del bucle temporal. Lo cual, ahora que lo pensaba, sugería que el accidente no había sido tan accidental después de todo. Un tanto sospechoso que un accidente fuera tan insensible a los cambios...

“Acabas de llegar a Cyoria, ¿verdad?” inquirió Benisek con entusiasmo en el instante en que Zorian se sentó a su lado.

Zorian asintió con titubeo. Benisek solo se mostraba así de excitado cuando hablaba de alguna chica particularmente atractiva o cuando conseguía material de chismorreos especialmente jugoso. Esperaba que fuera esto último, porque de lo contrario no había manera de que Zorian se quedara.

“¡No te vas a creer esto!” exclamó Benisek con agitación. “¿Conoces a Zach? Ya sabes, Zach Noveda, el último vástago de la Noble Casa Noveda. Ha estado en clase con nosotros estos dos últimos años.”

Por supuesto que era Zach. Realmente debería haberlo sabido.

“Claro que lo conozco,” dijo Zorian. “Él es... muy memorable.”

“¿Lo es?” parpadeó Benisek. Negó con la cabeza. “Quiero decir, por supuesto que lo es. Aunque no esperaba que lo supieras, ya que es una especie de fracaso como mago y nunca interactuaste mucho con él.”

Zorian se encogió de hombros. A decir verdad, era muy raro que olvidara el nombre de alguien, sin importar la frecuencia con la que hubiera interactuado con ellos o cuánto tiempo hubiera pasado desde la última vez que los vio. Incluso antes del bucle temporal, Zorian habría sabido al instante a quién se refería Benisek.

“En fin,” continuó Benisek, “Zach escapó de la mansión de su familia ayer.”

“¿Eh, qué?” preguntó Zorian con incredulidad. “¿Qué quieres decir con ‘escapó’? ¿Por qué necesitaría escapar de su propia mansión?”

“Pues esa es la pregunta, ¿no?” dijo Benisek. “Al parecer, tuvo una discusión con su tutor que, con el tiempo, degeneró en un duelo mágico en toda regla. ¡Un duelo que, agárrate, Zach ganó! La mitad de la mansión quedó destrozada, y Zach huyó a la ciudad y aún no ha sido encontrado. ¡Lo están buscando por todas partes!”

“Eh, vaya,” dijo Zorian, sinceramente sin palabras. ¿Qué demonios fue aquello?

“Tú lo has dicho,” convino Benisek. “Aunque no estoy seguro de creer la historia oficial. ¡Es decir, no hay manera de que Zach pudiera haberse enfrentado a su tutor en un duelo mágico! ¡Tesen Zveri es un mago del 7º círculo o algo así, y Zach apenas aprobó su propia certificación! Por otra parte, algo sin duda demolió la mansión Noveda...”

“¿Cómo sabes esto?” preguntó Zorian.

“Está en todos los periódicos,” dijo Benisek. “Además, todo el mundo habla de ello. No puedo creer que uno de nuestros compañeros de clase estuviera involucrado en algo así. ¿Qué piensas, Zorian?”

“Ben... sinceramente no sé qué pensar al respecto,” dijo Zorian.

Y realmente lo decía en serio. No dudó ni por un segundo que Zach podría darle una paliza a su tutor, fuera o no del 7º círculo – el hombre era un político, hasta donde Zorian sabía, no un mago de batalla – pero ¿por qué querría hacer eso?

“Supongo que esta vez no vendrá a clase, entonces,” caviló Zorian en voz alta. Aunque, por otra parte, no le extrañaría que Zach simplemente apareciera un día en clase como si nada hubiera pasado.

“Lo dudo,” rio Benisek.

“¿Mató a alguien?” preguntó Zorian. Benisek negó con la cabeza. “Así que, básicamente, no hizo nada tan grave. ¿Qué es lo peor que le puede pasar si simplemente se entrega?”

“Bueno, Tesen no debe estar muy contento con él ahora, y es demasiado influyente como para ignorarlo, incluso para alguien como Zach,” dijo Benisek. “Atacar a uno de los Ancianos de Eldemar es, de hecho, un crimen bastante grave, y Tesen podría arruinarle el día a Zach si se inclinara a buscar retribución. No es que crea que lo haría, ya que eso solo atraería aún más atención a lo sucedido. Todo este asunto es un gigantesco escándalo político para él. Supongo que Zach regresará después de un mes más o menos, una vez que se calme un poco, y Tesen le perdonará ‘magnánimamente’ todo.”

Zorian guardó silencio. Zach le había dicho que era raro que pasara un reinicio en Cyoria, y aún más raro que asistiera a clases. A la luz de aquello, había sido una necedad por su parte esperar que Zach estuviera presente en este reinicio. Puede que Zach hubiera encontrado a Zorian interesante en el reinicio anterior, pero probablemente no tanto. Aún así, esto era más que un poco extraño. Si hubiera querido irse y hacer lo suyo, ¿no podría simplemente haber salido de su mansión un día y seguir su camino? ¿Quién lo habría detenido? ¿Su tutor? ¿Por qué Tesen haría eso? El hombre era, a todas luces, muy permisivo en sus tratos con su pupilo, como lo demostraban las frecuentes ausencias de Zach de la escuela durante los dos últimos años, así como su pésimo desempeño antes del bucle temporal.

No se vislumbraba una respuesta clara, y Zorian no sentía inclinación alguna por intentar rastrear a Zach. Era probable que no lograra hallarlo, incluso si lo intentaba, y sus objetivos, más asequibles, reclamaban su atención.

Por ejemplo, zafarse de las despiadadas garras de Xvim. ¿Qué prioridad podría superar a tal cometido?

- break -

El resto del reinicio se deslizó con una grata ausencia de acontecimientos. De Zach no hubo ni rastro, pues el muchacho jamás se presentó en la escuela y nadie logró dar con su paradero. Tras aproximadamente una semana, los rotativos cesaron de cubrir la noticia, al no haber nuevos acontecimientos que justificasen sus publicaciones, y los rumores que cundían entre el cuerpo estudiantil se desvanecieron poco después. Por su parte, Zorian se abocó por entero a la maestría de los ejercicios contenidos en el libro de Ilsa. Descuidó prácticamente todo lo demás, faltando a menudo a clase cuando estimaba que podía eludir las consecuencias. Akoja, furibundo, alegaba que Zorian estaba arruinando el registro de asistencia de la clase, y persuadió a Ilsa para que lo abordara al respecto un día. Afortunadamente, la destreza de Zorian para obtener las máximas calificaciones en cada examen, a pesar de su esporádica asistencia, amortiguó el impacto de las críticas de Akoja, y Zorian consiguió persuadir a Ilsa de que dedicaba la mayor parte de su tiempo a un proyecto personal... y no a evadir las clases por mero capricho, como sostenía Akoja. Le garantizó que el proyecto estaría concluido en un mes, y que retomaría la asistencia regular a sus clases tras el festival de verano. Ella le hizo prometer que le mostraría su obra una vez finalizada, a lo que él asintió con fervor.

Su enfoque monomaniaco rindió frutos con celeridad: al término del reinicio, había dominado la levitación tanto vertical como la de posición fija. No se tomó la molestia de exhibir estas habilidades avanzadas a Xvim, quien aún lo mantenía absorto en el ejercicio de voltear la pluma, pues dudaba obtener una reacción meritoria. Nada, al parecer, lograba complacer a aquel individuo.

Ciertamente, no se hallaba en la ciudad cuando la invasión sobrevino. Desprovisto del anillo de Zach, su ineficacia en combate superaba incluso la del reinicio anterior, por lo que resultaba improbable que hubiera podido subsistir por mucho tiempo en medio del fragor. Se esmeraba, día tras día, en la práctica de las invocaciones de combate aprendidas de Zach, con la esperanza de pulirlas hasta alcanzar el mismo estado de reflejo que este exhibía. Ello exigiría años de práctica, sin duda, mas esto solo implicaba la necesidad imperiosa de comenzar cuanto antes. Tampoco partió en tren, como acostumbraba; en cambio, se dirigió a pie a una de las colinas que dominaban la ciudad, observándola desde aquella altura.

Contemplar la invasión desplegarse desde una atalaya tan elevada no solo supuso un considerable alivio para los nervios de Zorian, en comparación con hallarse en el fragor de la contienda, sino que también resultó sumamente instructivo. Resultó fascinante observar el desenvolvimiento general de la invasión. La invasión parecía constar de varias fases, la primera de ellas, por supuesto, la descarga camuflada de artillería mágica. Las llamaradas explosivas se enfocaron primordialmente en tres puntos neurálgicos: el ayuntamiento, la base militar local y un conglomerado de edificios que Zorian no identificaba. La academia no figuraba como objetivo primordial, tal vez porque los invasores deseaban mantenerla razonablemente intacta. Más allá de la explosión inicial, las zonas de impacto parecían procrear miríadas de elementales de fuego que debían ser confrontados. Por fortuna, numerosos edificios en Cyoria contaban con una protección al menos moderada contra el fuego, pues Zorian no albergaba la menor duda de que, de otro modo, la ciudad entera se habría visto envuelta en llamas en cuestión de minutos. Una vez que los elementales de fuego tuvieron un lapso para sembrar el caos, las criaturas monstruosas emergieron de las alcantarillas y, tras su furiosa embestida por la ciudad, los hechiceros hicieron finalmente su aparición.

La contienda aún se desataba con furia cuando el reloj marcó, por fin, las dos de la madrugada, y todo se sumió súbitamente en la oscuridad.

Considerándolo todo, la hueste de monstruos constituyó la faceta menos destructiva de la invasión —si de algún modo lograba impedir que el bombardeo inicial paralizara las defensas urbanas desde el primer instante, o neutralizar a una buena parte de los magos atacantes que seguían la estela de las bestias... en fin, la empresa merecería el intento cuando, al fin, adquiriera una destreza considerable.

Los siguientes tres reinicios fueron esencialmente idénticos, hasta el punto de que Zach se batía en duelo con su guardián y escapaba en la noche. Al parecer, aquello no era un suceso aislado, sino más bien algo habitual. Los detalles exactos variaban, pero cada vez golpeaba a Tesen antes de marcharse a saber dónde. Lamentablemente, Zorian no pudo averiguar nada sustancial sobre Tesen: el hombre era un político de alto rango y, por lo tanto, no era precisamente accesible, y nada en las fuentes públicamente disponibles explicaba la aparente hostilidad de Zach hacia él.

Su trabajo con el libro de Ilsa progresaba con firmeza, pero, francamente, ya estaba un tanto hastiado. Había un límite a la cantidad de práctica incesante de modelado que podía soportar antes de perder todo entusiasmo. Además, Ilsa había dicho que la mayoría de los estudiantes los superaban a razón de 6 por año, y él ya era más eficiente que eso; algo que atribuía a su singular concentración en el asunto. ¿Cuántas personas podían permitirse concentrar todas sus energías en ejercicios de modelado? Había tantas cosas que pugnaban por la atención del estudiante promedio que los ejercicios de modelado, sin duda, acababan relegados al fondo de sus prioridades.

Por eso, en ese momento se encontraba en la oficina de Ilsa, tratando de averiguar si podía obtener algo de ella sin dominar por completo el libro entero.

«¿Qué puedo hacer por usted, señor Kazinski?», preguntó Ilsa.

«Bueno, estoy un poco preocupado por el programa que nos expuso en su primera clase —dijo Zorian—. No estoy seguro de que vaya a sacar provecho de él, ya que ya tengo un conocimiento sólido de todos los temas que mencionó».

Ilsa alzó una ceja hacia él. Oye, funcionó con Kyron, ¿por qué no habría de funcionar con Ilsa también?

«Entiendo —dijo ella tras un segundo de silencio—. ¿Le importaría si le hiciera un par de pruebas rápidas para confirmarlo?»

Confiado en poder superar cualquier prueba que le pusiera, Zorian accedió. Ilsa procedió a hurgar en sus cajones y sacó dos exámenes diferentes. Uno era una copia exacta del mismo examen que Ilsa había dado a toda la clase justo antes del festival de verano, y Zorian lo completó en diez minutos exactos, basándose puramente en la memoria. El otro era injustamente difícil, porque abarcaba temas avanzados que no habían aparecido en clase en absoluto. Zorian solo consiguió rellenar un cuarto de las preguntas antes de que el tiempo se agotara, y estaba bastante seguro de que no todas sus respuestas eran correctas.

Ilsa los ojeó rápidamente y luego asintió para sí misma.

«Su conocimiento teórico es bastante deficiente —dijo Ilsa con un suspiro teatral, y Zorian tuvo que contenerse para no fruncir el ceño—. ¡Eso era una patraña! ¡Le había puesto ese segundo examen solo para asegurarse de que fracasara! Aquí... le daré una lista de lecturas adicionales para que estudie en su tiempo libre».

Dos minutos más tarde, Zorian se encontró prácticamente empujado fuera de la puerta, con un trozo de papel con apuntes garabateados con presteza en la mano. Dirigió una mirada de reproche a la lista de títulos de libros, con la vehemente tentación de incinerarla allí mismo. De cualquier modo, su intención era iniciar las variaciones del ejercicio de invocación de llamas. Pero no lo hizo. ¡No sería derrotado tan fácilmente! Si había logrado sobrevivir los métodos de mentoría de Xvim durante tanto tiempo, sin duda podría leer un par de manuales teóricos. Regresaría. De eso ella podía estar segura.

- break -

“¡Buenos días, hermano! ¡Buenos días, buenos días, BUENOS DÍAS!!!”

“Buenos días, Kiri,” dijo Zorian con amabilidad. “Gracias por despertarme.”

Kirielle lo miró fijamente durante un par de segundos y luego bufó de desilusión por su impávida respuesta y se apartó de él por sí misma. ¡Vaya! Debió haberlo probado hace eones.

“No tienes gracia,” lo acusó.

Zorian simplemente asintió en señal de acuerdo.

“Mamá quiere hablar contigo,” dijo Kirielle. “¿Pero podrías mostrarme algo de magia antes de irte? ¿Pooooor faaaaavor?”

Bueno... ¿por qué no? Ejecutó con presteza el conjuro de la ‘linterna flotante’, provocando que una esfera luminosa cobrara vida sobre la palma de su mano. Hizo que el orbe volara por la habitación mientras repetía el conjuro dos veces más, produciendo una esfera de diferente color en cada ocasión.

Los libros que Ilsa le había recomendado leer eran, en su mayor parte, material tedioso y trivial, pero le revelaron un detalle bastante revelador. Todas esas variaciones que había estado practicando poseían aplicaciones que trascendían la mera mejora de sus destrezas de configuración, al parecer; también le permitían adaptar ciertos conjuros con mayor afinidad a sus preferencias. La misma variación del ejercicio de emisión de luz que le permitía producir luz de color también le permitía alterar la tonalidad de la esfera resplandeciente generada por el conjuro de la linterna flotante. Perfeccionar un sinnúmero de ejercicios lumínicos otorgaría mayor potencia y menor consumo de maná a las invocaciones lumínicas, y el idéntico principio regía para otros conjuntos de conjuros... tales como ejercicios ígneos que potenciaban las invocaciones fundamentadas en el fuego y el calor, y aquellos basados en la levitación, que perfeccionaban los conjuros sustentados en fuerzas telequinéticas. Su irritación disminuyó considerablemente al

comprender la utilidad de tantos ejercicios de configuración. ¡Cielos! Si resultaban tan provechosos, buscaría más de ellos al agotar los que figuraban en el tomo de Ilsa.

“¡Más! ¡Más!” exigió Kiri.

Distrayendo a Kiri con unos orbes adicionales, Zorian se escabulló discretamente de la habitación y se dirigió al baño antes de que Kiri pudiera percatarse de lo que sucedía. ¿Por qué, en todo caso, insistía tanto en ser la primera en llegar? Aquello resultaba una mezquindad espantosa, incluso para Kirielle. Tendría que preguntarle en uno de los reinicios.

Lamentablemente, había olvidado por completo que había llenado su habitación entera de orbes de luz multicolor para cuando Ilsa llegó de visita, por lo que no dudó en invitarla a su aposento. Con un movimiento presto de su mano, los desvaneció de la existencia, pero ya era tarde; Ilsa los había advertido y lo observaba con una curiosidad inquisitiva.

“Ese no es realmente un hechizo de segundo año,” puntualizó Ilsa, con la mirada clavada en la suya.

“Daimen puede ser un instructor bastante competente si se lo propone,” profirió Zorian con una sonrisa socarrona, aprovechándose sin pudor de la reputación de Daimen para disipar cualquier inquietud. Impartir conjuros de primer círculo como aquel a magos no certificados era ilícito, pero si Zorian había asimilado una verdad en su existencia, era que Daimen lograba eludir cualquier consecuencia.

“Y sabes cómo producir algo que no sea luz blanca,” señaló Ilsa. “Asombroso. Me aventuro a decir que esto te resultará sencillo, entonces.”

Le entregó un pergamino muy familiar, y Zorian se disponía a infundirle maná para quebrar el sello cuando percibió que algo no cuadraba. Ilsa lo escrutaba con la agudeza de un halcón, expectante y en estado de alerta. Nunca antes había manifestado tal grado de interés en la apertura de sus pergaminos; ¿qué particularidad poseía este? Contempló el pergamino durante un par de segundos, sin discernir diferencia alguna respecto al que ya conocía. Hasta los emblemas del sello eran idénticos. Un momento...

Pocos instantes después, rememoró el lugar donde había visto los símbolos grabados en el sello e, ipso facto, experimentó el irrefrenable deseo de golpearse la cabeza contra el muro o similar. Cómo... por qué... ¡esos pequeños y taimados seres!

¡Lo había estado haciendo mal! Durante todo este tiempo había estado simplemente vertiendo maná en el sello para quebrantarlo, cuando, por el contrario, debía canalizar el maná de formas muy específicas para desprenderlo intacto. ¡Así lo indicaba, justo en el mismísimo y maldito sello! Exigía un control de maná superior al simple acto de inundar el sello, pero no representaba una capacidad que no poseyera ya, incluso antes del bucle temporal. Hasta ese momento había creído que los símbolos del sello eran de índole puramente ornamental, pero no, eran instrucciones. Instrucciones redactadas de forma algo arcana, pero instrucciones al fin y al cabo. ¿Cómo pudo haber pasado eso por alto?

Encauzó su maná para que fluyera por los bordes del sello, logrando que se desprendiera sin resistencia alguna.

“Excelente,” profirió Ilsa con una sonrisa. “Pocos estudiantes poseen un dominio tan firme de su magia en esta fase. Veo que alguien sigue los pasos de Daimen.”

Zorian le devolvió la sonrisa cortésmente. No debía fruncir el entrecejo, no debía fruncir el entrecejo...

“Lamentablemente, me apremia el tiempo, por lo que deberemos proseguir esta conversación en otro momento,” declaró Ilsa. “Visítame en mi oficina cuando llegues a Cyoria. Ahora, sobre tus asignaturas optativas...”

- break -

Ilsa lo miró fijamente. Él le devolvió la mirada. Dirigió una mirada hacia las dos pruebas, enteramente completadas, que reposaban en su escritorio y luego regresó su mirada hacia él, esta vez con una expresión reflexiva. Zorian permaneció en silencio.

En verdad, resultó gratificante desconcertar a alguien de tal manera, reflexionó Zorian. Al parecer, Ilsa no mostraba la misma frialdad ante habilidades inverosímiles que Xvim.

“Debo confesar que no anticipaba este calibre de conocimiento y destreza de configuración cuando te cité,” pronunció Ilsa con aire pensativo. “La segunda prueba que te administré es la que se entrega a los estudiantes al término de su tercer año, y solo fallaste en dos preguntas. Para colmo, dominas 10 variaciones distintas de los tres básicos, una cifra astronómica para un estudiante de tercer año.”

Tamborileó su pluma sobre la mesa, sumida en la reflexión.

“Es posible que estés un tanto demasiado avanzado para el currículo que he diseñado para tu grupo este año,” finalmente reconoció Ilsa. “Mi cátedra busca primordialmente asegurar que los alumnos carezcan de lagunas evidentes en sus destrezas de configuración y saberes teóricos, y para impartirles algunos conjuros misceláneos de utilidad común para la mayoría de los hechiceros. Has trascendido con creces ese nivel. ¿Qué haré contigo?”

“¿Trasladarme de la tutela de Xvim para que pudieras instruir a un estudiante tan prometedor?” Zorian inquirió con picardía.

Ella soltó una carcajada a sus expensas.

—Lo siento —dijo ella—. Eres bueno, sí, pero no *tanto*. Además... deberías tenerlo más sencillo que la mayoría de los vi- ehm, pupilos de Xvim. Con tus impresionantes habilidades de moldeado y todo lo que implican.

—Te sorprendería el nimio impacto que eso tiene en él —suspiró Zorian.

—¡Venga ya, señor Kazinski, ni siquiera has tenido una sola sesión con él! —amonestó Ilsa—. Estoy convencida de que cuantos rumores oyeras estaban notablemente exagerados.

—Claro —dijo Zorian, sin poder reprimir un leve giro de ojos—. ¿Podrías al menos concederme una autorización escrita para omitir tus lecciones? Tú misma aseguraste que no tengo nada que aprender allí, de todos modos.

Aquello no era precisamente lo que Zorian anhelaba, pero supuso que era mejor que nada. Le otorgaría una serie de bloques libres durante la semana, lo cual no era terriblemente útil mientras estuviera dentro del bucle temporal (donde simplemente podía saltarse las clases si necesitaba más tiempo libre) pero resultaría de gran utilidad si y cuando consiguiera salir de él. Y además, una autorización escrita mitigaría las quejas de Akoja, si nada más.

—No —dijo Ilsa—. Te requiero en el aula, aunque únicamente sea para espolear al resto de tus compañeros a redoblar esfuerzos. No te preocupes, me aseguraré de que no te aburras durante la clase.

Diablos. Quizás no debió haberle hecho esa petición...

—Mientras tanto, voy a hacerte un favor —continuó Ilsa—. Aunque yo, personalmente, estoy demasiado ocupada para enseñarte, indagaré si puedo hallar un preceptor dispuesto a impartirte instrucción particular. ¿Existe algún campo de la magia que te atraiga de manera especial? En lo personal, te aconsejaría que te inclinaras por la adivinación o la alteración, si bien la decisión recae en ti.

—Fórmulas de hechizos —dijo Zorian con firmeza.

—¿Ah? Ambicioso —observó Ilsa—. Es una materia ardua. Tampoco es algo en lo que tus habilidades de moldeado puedan ayudarte.

—Estoy seguro —confirmó Zorian—. Las fórmulas de hechizos le habían subyugado desde que se inició en el estudio de la magia, por lo que no había forma de que desaprovechara una oportunidad semejante.

—Muy bien —Ilsa se encogió de hombros—. En tal caso, no anticipo inconvenientes. Estoy convencida de que la señorita Boole estará extasiada de contar con un alumno tan talentoso y resuelto.

¿‘Señorita Boole’? Es decir, ¿Nora Boole, la excéntrica pelirroja que exigía la lectura de doce libros en una semana y que les imponía ‘exámenes de progreso’ de sesenta preguntas cada dos lecciones? Zorian reprimió el impulso de exhalar un suspiro. ¿Por qué, por una vez, no podía tener un mentor corriente?